

David St. John

La aurora del fantasma

Los apóstoles todos, los adivinadores, todos aquellos abocados
a los orígenes de la razón o de la fe... Cada uno de ellos ahora está perdido
en el murmullo

de una meditación cada vez más profunda. ¿Cuál sería el propósito
de los cantos que el trovador venido de Aviñón nos trajo en su morral
de cuero?

¿Qué significarían las marcas hechas por halcones verdes
sobre la tapa de su laúd en forma de calabaza? ¿Qué podría ser más útil
que un principio

de amor lentamente quitado de partículas, como la fronda de un helecho
desenrollándose al llegar el alba? Toma tu abrigo, toma la mañana.
Es esto lo que significa

atraer al fantasma para sacarlo de la oscuridad, hasta que ella nos alcance
al espacio del canto.

Versión de Hernán Bravo Varela

Suzanne Lummis

664-8630

*para Ted Schmitt (1940-1990)
y muchos otros*

Paso este número
en mi directorio, los siete dígitos
de siempre, una secuencia que no
marcaré más—
como pasar frente a una casa abandonada pero
llena de cuartos que resuenan
donde se vivió. Hasta
ahora.

Si llamase escucharía
...¿qué? ¿Un zumbido como una estación
apagada durante la noche,
la pantalla del televisor llena de
nieve

¿O se ha roto allá arriba la línea
telefónica, los mensajes tardíos
en una larga
caída?
De nada sirve preguntar como un niño

¿por qué muere la gente? Yo
llamo
pero en un cuarto donde las cosas
de un hombre han sido dobladas y empacadas
como para seguirlo en el siguiente
tren
después de que un teléfono,
suena y suena, y nadie
contesta.

VERSIÓN CÉSAR SILVA MÁRQUEZ, JOSÉ RICO Y ANTHONY SEIDMAN

Les passages

B. H. FAIRCHILD

El pianista de Nordstrom estaba llorando
y nadie sabía qué hacer. Sus manos pálidas
y fi nas como los puños almidonados que le sostenían
las muñecas sobre el teclado, se derrumbaron,
hasta quedar ahí, en medio de sollozos de dolor y horribles
silencios, entre el repiqueteo de las cajas registradoras, el océano
de menudas voces, el zumbido y el golpeteo del comercio.

Nos quedamos en vilo, viéndolo, volteando luego al otro lado,
los elegantes trajes colgando del brazo,
o la fragancia que nunca podríamos comprar espesando
el aire, o un pie a medio meter en un zapato azul nuevo
que jamás compraríamos, ni ahora ni nunca, y esos tiesos
grititos envarados que seguían arremetiendo, retumbando en todo
ese inmenso y refulgente piso hasta los vestidores

en donde hombres y mujeres escrutaban los espejos
ajenos a aquella extraña tristeza que caía desmañada
en medio del apuro de un día que como todos los días corre a cumplirse,
a completarse, como el diligente cartero a su tarea, y así
hicimos una pausa en el silencio que se desmoronaba, hasta que los cautos,
frágiles acordes de Las hojas muertas comenzaron a flotar
por los pasillos, en torno a los relucientes aparadores

como si un sueño, un inmenso sueño estuviera siendo soñado nuevamente,
y el llanto de un bebé se alzara desde la otra punta del centro
comercial, llantos desbordándose en gritos y de repente un largo
alarido abriendo sus alas y elevándose magnífico,
y nos fuimos poniendo serios y comenzamos a movernos nuevamente,
hurgando en los bolsillos, las carteras, monederos, bolsos de cuero,
en busca de cualquier cosa que parara ese grito.

VERSIÓN DE PEDRO SERRANO

Año tras año

PAUL VANGELISTI

Algo hay aquí que simplemente no funciona:
Macbeth y su inteligencia de segunda,
Lear, rey de cuento de hadas y en la cima del monte
esa muchacha de tipo español con cola de caballo,
sus flancos vivaces contrapuestos a la luz invernal.
Música, clamas, es lo que buscas oír,
de jóvenes o viejos, ante todo o si no, los amigos
no obstante. ¿Y qué con la palabra
y la intención, una luminosa sonrisa azul
en cada cúmulo de deseos venideros,
referencia sin palabras y nuestros fantasmas que mugen?
Así que, ¿cómo estás y quién has sido,
musicalmente y de otro modo?
El tiempo que se derrama hacia atrás es el mal
y la prueba, como las palabras y nosotros, preconcebidos.
Y no sin semejanzas con el horizonte que palidece,
el tiempo puede argumentarse mejor de soslayo,
como el deseo en Eagle Rock o en otra parte
dentro de la llama del amor, aunque prefiera el crimen.
No sé tú pero nosotros allá arriba
en el monte no hemos tenido un gran año,
con eso de la primavera en nuestra taberna despoblada
y la aturdida luna trepando por todas esas noches.
Claro, la música sonará como sabe hacerlo la música
con sus trinos y fraseos patéticos que traen
la esperanza de un mejor futuro. Y el sonido giratorio
del corazón en temporada o fuera de temporada,
como un venado al que uno le habla desde el otro lado del río,
sólo desea un clima perpetuo
e indócil, como la cara de arenisca, halcón encumbrado,
agua cegadora.

VERSIÓN DE TEDI LÓPEZ MILLS

DANA GIOIA

AGOSTO EN LAS COLINAS DE CALIFORNIA

Me puedo imaginar a alguien que encuentre
Insoportables estos campos
Y que al subir bajo el calor la cuesta
Maldiga el polvo y triture
Bajo sus pies la mala hierba y desee
Unos árboles más para dar sombra.

Alguien llegado de la costa atlántica que desdeñe
La pobreza de estos veranos, las formas
Secas y retorcidas del olmo negro,
Malezas, chaparrales, un paisaje
Que agosto ya ha drenado de cualquier verde.

Alguien que se apresure bajo los cardos,
Las amapolas y las colas de zorro,
A sabiendas de que todo es mala hierba;
Alguien incapaz de entender que estos árboles
Y algunos matorrales amarillos
También tuvieron vida.

Odiará el resplandor del mediodía
Cuando nada se mueve y no sopla el viento.
Sólo verá otra cosa viva: el halcón
En busca de su presa, suspendido
En el azul solar y cegador.

Sin embargo, para alguien
Crecido en un país escaso en lluvias,
Qué apacible parece la silueta
De una colina, interrumpida apenas
Por no más árboles
De los que uno puede contar,
Cielo vacío, deseo de agua y pasto.

VERSIÓN DE JOSÉ EMILIO PACHECO